

FIESTAS: ONCE DE NOVIEMBRE EN CARTAGENA DE INDIAS. MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS, CULTURA POPULAR: 1910-1930. **Edgar J. Gutiérrez S.** Medellín, Editorial Lealon, 2000, 272 pp.

EN NOVIEMBRE NO LLEGA EL ARZOBISPO... ¡LLEGAN LAS FIESTAS!

Cartagena es una ciudad de contradicciones y olvidos (a veces conscientes). No existe acontecimiento más común y cotidiano para el pueblo cartagenero que la conmemoración de la gesta independentista del 11 de noviembre de 1811, pero igualmente, no existe acontecimiento menos estudiado por los investigadores académicos y culturales de la ciudad que las consabidas fiestas.

Edgar Gutiérrez, cartagenero, filósofo de universidad y de pretil, docente de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena, quizo poner fin a uno de tantos olvidos, con la edición del libro *Fiestas: Once de noviembre en Cartagena de Indias... 1910-1930*. El objetivo de Gutiérrez es estudiar “*las manifestaciones que se desprenden de las celebraciones de las gestas republicanas de Cartagena de Indias con motivo de su declaración de independencia absoluta ante el poder colonial español el once de noviembre de 1811*” (pág. 15).

Para ello se ubica temporalmente en los dos decenios que van de 1910 a 1930, coetáneamente con el proceso de modernización de la ciudad luego de un siglo XIX lleno de penurias económicas, y con la fastuosa celebración del primer centenario de la independencia, generoso por la inauguración de obras modernizadoras (Parque Centenario, Estatua Central del Camellón de los Mártires, Monumento a la Bandera, Teatro Heredia, etc.).

Si bien se escoge la anterior periodización, el trabajo transita hacia espacios más remotos, en la búsqueda de los orígenes de las dinámicas festivas de la ciudad de Cartagena, que se encuentran en estrecha relación con la condición de puerto, de vida licenciosa, amalgama de oficios, comportamientos y costumbres. Así desde los umbrales del siglo XVII, en 1607, comienzan a desarrollarse las fiestas en honor a la Virgen de la Candelaria. Fiestas sagrado-profanas donde participan los interesantes Cabildos de negros recurrentes en el Caribe, que según el censo de 1777 —infortunadamente uno de los pocos con que se cuenta—, se ubican en el barrio de Santo Toribio (San Diego), con las denominaciones de “*Negros Carabalíes* (en la Calle del Cabo y los Siete Infantes), *Negros huangos* (Calle Quero), *Negros Araraes* y *Jojoes* (Calle San

Pedro Mártir), *Negros Minas* (Calle del Santísimo), *Negros Lucumíesy Chalaes* (Calle de los Siete Infantes)” (pág. 46).

Posteriormente indaga sobre los orígenes del evento que le interesa, recreando los antecedentes históricos que dan origen a la celebración de las fiestas novembrinas a partir del desarrollo de los acontecimientos sucedidos el 11 de noviembre de 1811, para caer en el análisis de las fiestas; los imaginarios simbólicos que se ponen en escena; los actores que participan; las rupturas espaciales con relación a las celebraciones; la música, la danza, la penetración de los ritmos populares; la difusión de la música a través de la masificación de la victrola; la forma en que las fiestas fueron decayendo perdiendo los referentes “simbólico-festivos” (intentos de construir una pedagogía para el ciudadano), que pasan a ser relegados por la primacía del reinado nacional de belleza, los chismes y las notas frívolas de los medios de comunicación manejados desde el interior del país.

En medio de la decadencia de los últimos tiempos, como una especie de corolario, que cumple el papel de homenaje, resalta la labor de grupos e instituciones que con un carácter más cultural y menos consumista vienen trabajando. Grupos como el Cabildo de Negros de Getsemaní (1989), Comité Cultural del Socorro (1981), Comités barriales de las Palmeras, Torices, Barrio Chino, Las Gaviotas, Los Caracoles, Los Calamares; grupos de danza como Quimbali, Danzas de Cartagena, Patacoré, Ekobios, Calenda, Candilé, Mayombe, entre otros, se convierten en una alternativa, que maneja sus propios espacios simbólicos y festivos.

Es bueno hacer algunas apreciaciones sobre el contenido del texto. Nos parece por ejemplo, que al concepto de negociación, fundamental para los estudios culturales, a pesar de que las mismas fuentes que usa lo sugieren, no se le presta suficiente atención. Toda puesta en escena de poder representa una negociación, una teatralización, un proceso en el que se gana y se pierde, en el que se legitima y se persuade. Los Cabildos de negros son un ejemplo claro de lo anterior, su puesta en escena es de por sí una negociación en tanto que son los amos quienes otorgan la licencia para que se asocien por lo regular como estrategia para evitar conatos de rebelión; la forma en que van ataviados con los vestidos y joyas de sus amos; son sus amos quienes determinan el recorrido, los lugares, es decir el espacio tiempo del disfrute. Es claro que allí se forman solidaridades, dinámicas que constituyen posteriormente procesos identitarios,

pero la identidad africana que se pregona debe ser matizada a partir del concepto de negociación.

Una mayor atención a este concepto, nos llevaría, —sin desconocer claro está todo el lastre racista, excluyente que históricamente ha mantenido la ciudad— a mirar de manera menos apresurada la dicotomía élite-popular. El afán de mostrarlas siempre como antagónicas puede crear un cuadro demasiado maniqueo, debemos estar atentos a los intercambios, los intermediarios culturales, a las circularidades y a las mutuas influencias que se ejercen entre las culturas, partiendo de la misma idea de la falta de homogeneidad al interior de ellas (Burke, Thompson, Bajtin).

Es claro que los sectores hegemónicos ejercen presión para que se prohíban muchas prácticas culturales populares, pero también es cierto que se establecen negociaciones —posiblemente no de carácter oficial— en la medida en que los miembros de la élite participan de dichas prácticas. La ley puede representar el deber ser, lo sublime, lo que se aspira, pero en el Caribe, y Cartagena como parte de ese Caribe, se desarrollan cotidianamente tendencias transgresoras, lúdicas y festivas que no sólo vienen del lado de los sectores populares. Esto, ligado a la resistencia, nos da elementos de respuestas a la pregunta por la presencia de prácticas culturales marginales, a pesar de las prohibiciones oficiales.

Las crónicas de Juan y Antonio de Ulloa son pródigas en ejemplos de esta naturaleza, lo mismo que las Memorias del general Joaquín Posada-Gutiérrez, quien señala cómo “*los blancos de Castilla y los blancos de la tierra se desertaban furtivamente a bailar con ellas (las mulatas cartageneras), dejando sus salas desiertas y muchas veces se necesitaba enviar comisionados a buscarlos, a reserva de la correspondiente reprimenda por semejante descortesía, la que no impedía la reincidencia al menor descuido*” y las de Daniel Lemaitre ya para fines del siglo XIX y principios del XX, cuando muestra a miembros de la élite escapándose del Club, ante el llamado de los penitenciosos bailes de polka, mazurca y vals, que Lino M. De León intentara incentivar a través de su manual de comportamiento —al estilo del de Carreño— titulado *El Buen Tono*.

Por otro lado el autor parece sugerir que se presenta una ruptura espacial entre la simbología festiva de la colonia y la simbología festiva republicana (cap. III). En ambos casos lo que se activa con las fiestas es el realce de las

instituciones, ambos aspiran a crear una pedagogía, a través de la teatralización de una serie de imaginarios, del buen súbdito para el caso colonial monárquico y del buen ciudadano para el caso republicano. Salvo por los cambios de nominación de algunos lugares (calles, plazas, etc.) se siguen utilizando los mismos espacios para las celebraciones que se usaron durante la representación del poder colonial. El recorrido del bando del 11 de noviembre de 1811, no presenta cambios sustanciales —excepto por algunas calles— con el recorrido del festejo con motivo de las juras del Rey Fernando VI, en enero de 1747.

No se puede perder de vista que a pesar de que se conmemora la emancipación con relación a España, para el período que el autor trabaja está presente una tendencia hispanista, un rescate de lo hispánico, inaugurado por Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez que se manifiesta en las artes y la literatura.

Si la ruptura fuera clara, no tuvieran sentido representaciones como las observadas y descritas por Daniel Lemaître, en donde se rememoraban tiempos coloniales en épocas de carnaval, y se teatralizaba la rivalidad que existió durante el período colonial entre España e Inglaterra¹.

Es pertinente también aclarar que la cita sobre los bailes (bundes) y la conducta de los asistentes a ellos, que el autor atribuye al padre Joseph Palacio de la Vega (págs. 32-36), en realidad pertenece al obispo de Cartagena Joseph Díaz de la Madrid. Palacio no fue obispo de Cartagena, lo que hizo fue dirigir una de las cuatro expediciones para la fundación y refundación de pueblos que se llevaron a cabo en la Costa Caribe en el marco de las políticas borbónicas, y cuyas memorias de viaje fueron publicadas bajo el título de *Diario de Viaje entre los indios y negros de la Provincia de Cartagena de Indias en el Nuevo Reino de Granada, 1787-1788*. (Reeditada por la Gobernación del Atlántico).

Gutiérrez, basado en un discurso del Alcalde de Cartagena publicado en el periódico El Universal del 6 de noviembre de 1958, afirma que el carácter oficial de los festejos novembrinos empiezan desde el año 1846, cuando siendo “*Gobernador de la Provincia el General Joaquín Posada Gutiérrez y la cámara con presidencia de José Manuel Vivero y secretario Bartolomé Calvo de la Provincia de Cartagena, expedieron una ordenanza, el 13 de octubre sobre fiestas y diversiones públicas*” (pág.75). Sin embargo, Adolfo González Henríquez, director del Departamento de Sociología de la Universidad del

¹ LEMAITRE, Daniel, “Recuerdo de mi alcaldía” en *La Ñapa*, Cartagena, Ed Casa-nalpe, pp.72.73.

Atlántico en sus comentarios a la ponencia *La música popular en Cartagena en el siglo XX: Ritmos, trovadores, pregones y músicos*, de Enrique Muñoz Vélez, presentada el año anterior en el Seminario *Cartagena de Indias en el Siglo XX*, organizado por la Universidad Jorge Tadeo Lozano y el Banco de la República, dice que las primeras fiestas del once de noviembre en Cartagena se celebraron 11 años antes, en 1835, y que “*tuvieron el sentido de conmemorar el honroso papel cumplido por la ciudad durante la guerra de Independencia y de rescatar su perdida vida cultural y artística (...) Aquellas fiestas duraron 6 días desde el 10 de noviembre en adelante, y comenzaron con el bando y notables a caballo y en calesas. Las calles se llenaron de gente (...) y bandas de música con presentación pública de danzas europeas de la época. Y en las noches fuegos artificiales, balcones iluminados, marchas callejeras, bailes de disfraces, visitas a las casas de los próceres y estudiantes con pancartas patrióticas (...) también se dieron obras de teatro, alegorías, versos, cantos patrióticos, discursos, textos literarios, homenajes callejeros a los veteranos de la guerra y manumisiones de esclavos (...)*”¹.

No obstante algunas imprecisiones, el trabajo de Édgar Gutiérrez, es de un incuestionable valor. Constituye el primer intento académico serio por estudiar la importancia simbólica de las celebraciones novem-brinas y su relevancia en el proceso constitutivo de la identidad del pueblo cartagenero.

Javier Ortiz Cassiani

¹ Adolfo González Henríquez toma los anteriores datos del *Constitucional de Cartagena*, 20 de noviembre de 1835.